

REVISTA MARIANA

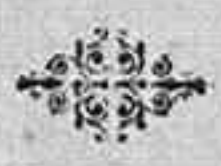
DANIEL



AD DEUM PER MARIAM

SUMARIO

Todos los Santos, por *Hilario Yaben*. — Mujeres del Evangelio. La Samaritana, *María Aurora Paredes*. — La Iglesia y los Difuntos. — Un cura ladrón, por *Pierre L'Ermite* — Derechos y deberes, por *Juan de Zubieta*. — La Cruz y la Espada. Del Cardenal Primado de España al Generalísimo de sus Ejércitos. — Una autorización expresa del Papa para los sacerdotes españoles — La nueva reconquista de España por *J. V. P.* — Un mote raro, por *Augusto Danvila*. — El Cerro de los Angeles recuperado, por *Desiderio Salvus*. — Idea cristiana de la Patria, por *A.* La Bandera Nacional, por *Un Caballero de Nuestra Señora del Pilar*. — La influencia Social de la Mujer, por *Mena Robles* — La palade los muertos.



AÑO XIV

NÚMERO 159

Córdoba y Noviembre de 1936

Imprenta «El Defensor» Ambrosio de Morales, 6,

**¡Los enemigos
de la mujer!**

**INAPETENCIA
ANEMIA
NEURASTENIA
MAREOS
INSOMNIOS**

La frágil naturaleza de la mujer, acosada por estas enfermedades, se resiente y debilita, apresura su envejecimiento y pone en peligro su vida

Estas enfermedades
se combaten rápidamente
con el Jarabe de



HIPOFOSFITOS SALUD

Con este tónico reconstituyente, el organismo adquiere un vigor insospechado. Sus componentes dotan de hierro a la sangre, fortifican los huesos con el cal-

cio y transmiten al cerebro y a los nervios el fósforo necesario. Es un maravilloso estimulante del apetito, que nutre y se asimila fácilmente.

LAXANTE SALUD
Adóptelo contra el estreñimiento y la bilis. Es suave, rápido y seguro. Grageas en cajitas precintadas. Pídase en farmacias.

Aprobado por la Academia de Medicina.
Puede tomarse en todo tiempo.
Es inalterable. No se vende a granel.

LOS ENFERMOS OPERADOS O DEBILITADOS
DEBEN TOMAR

MOSTO PURO *M A N A*

QUE ES EL MEJOR ALIMENTO COMPLETO
CONOCIDO

Pedirlo en Farmacias, Ultramarinos y
a su preparador

AGUSTÍN SERRANO.--Manzanares
Criador de vinos puros de vid para consagrar



PLUMADAS

Notas de ayer en artículos cortos

POR

DANIEL AGUILERA CAMACHO

Cinco pesetas

Imprenta «El Defensor de Córdoba»



Revista Mariana

PUBLICACIÓN MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Dedicada a fomentar la devoción á la Santísima Virgen

AÑO XIV

CÓRDOBA Y NOVIEMBRE DE 1936

Núm. 159

TODOS LOS SANTOS

Poblada nos muestra la Iglesia la playa feliz de la gloria de viajeros que antes que nosotros consumaron su navegación. Nos dice que son innumerable muchedumbre, *turbam magnam*, de toda tribu, de toda lengua, de todo pueblo, de toda nación.

Vedlos de pié junto al trono del Señor, ofreciéndole en ardiente homenaje las coronas que son su recompensa. Allí han desaparecido las distinciones con que el mundo nos trae acá divididos. La púrpura del rey no es más gloriosa que el harapiento vestido del mendigo; las angélicas heroínas de la Castidad religiosa brillan al lado de las santas matronas que honraron con sus virtudes el lazo del matrimonio; Magdalena y Agustín, lumbreras del cielo; Luis, Rey de Francia, Fernando de Castilla e Isabel de Portugal, austeros anacoretas entre los esplendores del trono; Zenón, Sebastián y Mauricio santificados en la vida del campamento; los doctores con sus tesoros de saber; los artesanos con la humilde oscuridad de su condición, los niños con la flor de la inocencia, todos a una cantan las alabanzas de Dios, y con amistoso llamamiento nos invitan a participar de su inefable bienaventuranza.

Y entre estos millares que la Iglesia conoce y cuyo nombre ha encomendado a nuestra veneración. ¡Cuántos que sólo Dios sabe! ¡Cuántos que

quizá conocimos y tratamos en esta vida mortal! ¡Cuántos que con nosotros estuvieron unidos por vínculos de sangre o de amistad! A todos dedica la Iglesia la solemnidad de *Todos los Santos*.

¡Consolador pensamiento! ¡Esta fiesta que celebro hoy será quizá dentro de pocos años mi propia fiesta, como es tal vez actualmente la de mis padres o hermanos! Estos himnos y salmos se cantarán en alabanza mía; por mí resonarán festivas estas campanas; por mí se acudirá al templo del Señor en traje de fiesta; en honra mía se celebrará en el altar el Santo Sacrificio.

Para mí es ese cielo que Dios ha criado tan bello y esplendoroso; para mí esos tronos de luz rodeados de ángeles; a mí me aguarda esa muchedumbre celestial como se aguarda a un triste emigrado que vuelve otra vez al seno de la familia.

Brevísimo el tiempo de la tribulación, eterno el de la recompensa; corto el jornal, abundante la paga del jornalero; rápido como un sueño el viaje, deliciosísimo y sin fin el descanso.

¿Quién no se avendrá a servir a Dios con estas condiciones? ¿Quiéno no se reirá de este mundo insensato que se paga de fruslerías y vanidades que les son a cada momento arrebatadas?

Algunos de los fieles se han formado una idea inexacta de los Santos: deslumbrados por lo que han leído de algunos de ellos, los consideran como personajes extraordinarios, sobrehumanos; como una especie de ángeles viviendo en un cuerpo mortal sin conocer nuestras miserias y fragilidades. Sin duda, algunos santos fueron así, pero estos forman una pequeña excepción. La generalidad de ellos fué como nosotros; durante toda su vida se vieron expuestos a los peligros, a las tentaciones y a los halagos del placer y del mundo; muchos conocieron las fragilidades y las caídas; pero aprovecharon los auxilios de la gracia divina que a nadie falta; domaron sus pasiones y marcharon por el espinoso sendero de la virtud abrazados a la cruz de la mortificación y así conquistaron la gloria que disfrutaban; desde ella mostrándonos sus inmarcesibles coronas y sus palmas de triunfo nos invitan a su dulce compañía, ¿NO PODRÁS HACER LO QUE NOSOTROS HICIMOS?, nos dicen desde la Mansión feliz.....

¡La SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS es fecunda en piadosos deseos y en dulcísimas esperanzas!...

La vuelta a la tradición religiosa

Iniciase en España un vigoroso movimiento de restauración de los viejos valores de vuelta a la tradición nacional. Esa vuelta a la tradición es la única que puede salvarnos. Pueblos sin vigorosa tradición son pueblos de escasa vida. En España nos habíamos empeñado en extranjerizarnos en todos los órdenes de la vida; en olvidar nuestra tradición religiosa, política, científica y literaria y las funestas con-

secuencias de tal olvido están bien a la vista.

Hay que volver en primer lugar a nuestra tradición religiosa que es de subordinación de todos los valores al ideal espiritual, de respeto a la libertad de la Iglesia. Nuestra política del siglo de oro es el caso más decisivo y elocuente que presenta la Historia de subordinación de todos los intereses al ideal espiritual católico. No se respetó tan completamente la libertad de la Iglesia durante el siglo de oro; ello se debió en gran parte a que en la práctica se consideraba España más católica que Roma y más acérrima difusora de los intereses de la Religión; en las luchas diplomáticas que provocó el Concilio de Trento ya se quejaban en Roma de que Felipe II se consideraba más católico que Pío IV y los Prelados y teólogos españoles querían saber más que los de Roma. Lo cierto es que la dinastía borbónica recibió de la austriaca el patronato universal, el exequatur y los recursos de fuerza. Toda esta máquina de privilegios, empleada con el espíritu de los Austrias, no resultaba gravemente dañosa a la Iglesia, pero puesta al servicio del jansenismo regalista del siglo XVIII, hubo de producir desastrosos frutos.

Nos extrañamos de la apostasía actual de las masas pero olvidamos que esa apostasía ha sido consecuencia de dos siglos largos de política hostil a la Iglesia y conculcadora de la libertad eclesiástica. Desde el advenimiento de la casa de Borbón la Iglesia fué herida de soslayo pero eficazmente por el regalismo de los gobernantes que en nombre del Rey iban despejando los caminos de la revolución. La guerra de sucesión enemistó a Felipe V con la Corte de Roma y contribuyó no poco a que el doble reinado del mismo fuese hostil a la Iglesia: basta recordar los proyectos de Orry, de Macanaz y hasta de Alberoni, la larga ruptura de relaciones con Roma y la

invasión de los Estados Pontificios, hechos por el Infante D. Carlos, ya rey de Nápoles.

Pero la guerra de la Iglesia fué mucho más viva en el reinado de Carlos III. La inicua expulsión de los Jesuitas y la política sectaria de Aranda, Roda, Campomanes y otros muchos produjeron efectos desastrosos sobre todo en las clases altas de la sociedad. Calculada aunque hipócritamente se emplearon entonces todos los recursos del Poder para la descristianización de España y para la propagación del enciclopedismo. En tiempos de Carlos IV basta citar los proyectos cismáticos de Urquijo, que el Cardenal Lorenzana hizo abortar con la elección de Pío VII en el cónclave de Venecia. De la guerra cruel hecha a la Iglesia por el liberalismo no necesito hablar: es demasiado conocida; se inició en las Cortes de Cádiz y continuó hasta Alfonso XIII en cuyo reinado el bloque anticlerical no dejó de trabajar contra la Iglesia; durante la Regencia de Espartero estuvo a punto de provocar un cisma don José Alonso ilustre expositor del Derecho foral ¿A qué hablar de la violenta guerra declarada a la Iglesia por la Revolución de Septiembre y por la segunda República? La brutal ofensiva desarrollada después de las elecciones del 16 de febrero ha contribuido poderosamente al actual movimiento militar, secundado admirablemente por el pueblo y cuyo próximo triunfo esperamos con ansia.

¿Es extraño que después de dos siglos largos de lucha del Estado contra la Iglesia, lucha hipócrita y solapada en unas épocas, abierta y declarada en otras, se haya llegado a la descristianización de las masas? Lo que había perdido el sentimiento religioso, sobre todo en los campos, con la política sectaria de la segunda República, está a la vista de todos; lo hemos palpado. Pero también están a la vista

de todos los amargos frutos de la apostasía de las masas; perdida por estas la fe en Dios y en la vida futura se entregan a horribles desmanes, y mucho peores que los antiguos bárbaros, se proponen destruir toda la civilización y ahogar a la vieja y gloriosa España en un inmenso lago de sangre. ¡Qué lección la que los actuales acontecimientos suministran a cuantos creían que perdida la fe, podría sin embargo conservarse el orden material!

Por eso se siente hoy, casi se palpa la necesidad de una restauración moral religiosa, la necesidad de volver a la tradición al espíritu religioso del siglo XVI pues solo así podrán cicatrizar las terribles heridas de España. Y para ello es necesario dar plena libertad a la Iglesia. Creo que la Iglesia no necesita en España más que libertad para llevar a cabo una fecunda restauración moral y religiosa; la Iglesia sabrá actuar sobre las conciencias individuales y sobre el medio social para llevar a todas partes el espíritu cristiano. Le basta el apoyo indirecto del Poder público; no necesita protección alguna directa que tal vez no podría otorgársele sin monoscabo de su libertad. Un Concordato que asegure la libertad de la Iglesia y la buena armonía de ambos Poderes—el de 1851 ha muerto y está ya enterrado—será en España obra de fácil realización.

Menendez Pelayo escribía con mucha razón en el Epílogo de los «Heterodoxos» que dos siglos de incesante labor para producir «artificialmente» la revolución, han conseguido no renovar el modo de ser nacional sino vejarlo, desconcertarlo y pervertirlo. Todo lo malo, todo lo anárquico, todo lo desbocado de nuestro carácter, se conserva ileso y sale a la superficie, cada día con más pujanza. ¿Qué diría el gran polígrafo si viera el brío con que todas las tendencias anarquistas,

todas las más feroces pasiones han salido a la superficie en Irún y San Sebastián, en Talavera y Toledo, y en fin en toda la parte de España dominada por los rojos? La anarquía que late en el fondo de nuestro carácter no puede cerrarse sino por medio de la fe y del sentimiento cristiano, por medio de una fecunda restauración moral y religiosa.

HILARIO YABEN.

Mujeres del Evangelio

La Samaritana

I

Camino de Galilea, iba Jesús andando lentamente, cansado y fatigado por la larga caminata; era cerca del mediodía, y un sol fuerte y abrasador, hacía más penoso el andar por aquellos campos.

Había abandonado la Judea para regresar otra vez a Galilea, teniendo por tanto que pasar por Samaria, y al llegar a la ciudad de Samaria llamada S. car, detúvose a descansar, y sentóse en el brocal del pozo de Jacob.

Poco después llegó una mujer samaritana, con un cantaro sobre la cabeza, a sacar agua.

Mirala Jesús, y dulcemente pidió:

—Dame de beber.

Se sorprendió la mujer, y le respondió:

—¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?, porque los judíos no se comunican con los samaritanos.

Illuminose el rostro divino con la luz de la caridad y del amor y muy quedamente dijo que su voz entrase mejor en el corazón de aquella alma, murmuró:

—Si tu conocieses el don de Dios

y quien es el que te dice: dame de beber; puede ser que tu le hubieras pedido a él, y él te hubiera dado agua viva.

La mujer no comprende; le oye, le mira, pero no entiende el sentido de sus palabras.

Jesucristo le habla del agua viva, del agua misteriosa que brota a raudales de su divino corazón y que salta hasta la vida eterna, de la gracia del Espíritu Santo que apaga la sed de las cosas terrenas, de los amores humanos, de las vanidades de la tierra, y hace en cambio sentir a las almas sed de un mayor conocimiento de Dios, ansias de elevarse, de perfeccionarse, de dominar las miserias y flaquezas de nuestra pobre arcilla humana y llegar hasta el corazón purísimo de Jesús.

La mujer no le entiende; y curiosa, intrigada, pregunta:

—Señor, tu no tienes con qué sacarla y el pozo es profundo, ¿dónde tienes, pues, ese agua viva?

Sonríe Jesús, se acentúa la dulzura de su voz, y contento al pensar en la próxima conquista de aquella alma, le dice:

—Cualquiera que bebe de este agua, tendrá otra vez sed; pero quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed; antes el agua que yo le daré, vendrá a ser dentro de él un manantial de agua, que saltará hasta la vida eterna.

Quedóse la samaritana un rato pensativa, todavía son oscuras para ella las palabras de Jesús y sin comprender aún, pero anhelante por saber, con ansias y deseos de comprender suplica:

—Señor, dame de ese agua, para que no tenga yo más sed, ni haya de venir aquí a sacarla.

—Anda—le dice—y llama a tu marido.

Baja la cabeza la mujer y confusa, avergonzada, balbucea:

! —No tengo marido.

Compasivo como siempre ante las debilidades y miserias humanas, el Divino Maestro contesta.

—Tienes razón en decir que no tienes marido; porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes no es marido tuyo; y en eso verdad has dicho.

Y al ver descubierta su vida toda por aquel desconocido, la mujer samaritana, azarada y trémula, vuelve a levantar la cabeza y mira a Jesucristo, y al contemplarle, ve en El, en su mirada brillante, en su dulce sonrisa, en toda su figura, tal majestad, no sabe qué de amor sublime, de algo misterioso y desconocido, que desconcertada, humilde, exclama:

—Señor, veo que tu eres un Profeta.

Ya está ganada la samaritana; respira contento Jesús, y quedito, dulcemente, en medio del silencio grandioso de aquellos campos de Samaria, habla y son sus palabras agua viva que brotando de su corazón, sale por sus labios, y cae gota a gota en aquella alma sedienta de mujer, lavándola de sus impurezas, limpiándola de sus manchas.

Pregunta curiosa ella, contesta complaciente El, y junto al brocal de aquel pozo, empieza un diálogo sublime, entre una mujer que tiene ansias de saber y un Hombre que siente ansias de enseñar.

Poco a poco la Samaritana va comprendiendo; ya no son tan oscuras para ella las palabras de Jesús; ¡sí, sin duda alguna, Aquel es el Cristo, el Mesías anunciado por los profetas! El mismo se lo ha dicho, y debe de ser verdad, porque se ve que es un hombre extraordinario; y mientras atenta escucha, revive con su imaginación, con su alma toda, su vida, sus tristezas y sus miserias; y siente desprecio de ella misma, ¡y siente lo que hasta aquel momento no había sentido!, una

gran vergüenza de como hasta aquel instante había vivido, y un gran deseo de rectificar, de cambiar de vida, de ser otra distinta.

Su conciencia, dormida hasta entonces, va despertando y le va haciendo ver lo mucho que ha pecado; pero no se desanima, no desfallece, ¡aquel Maestro que le habla es tan bueno, tan compasivo, que se siente alentada por sus palabras!, y valiente, decidida, promete ser ya buena en adelante.

El agua viva sigue su obra regeneradora en el alma de la samaritana; al contacto con ella, aquella alma desprecia lo que antes amaba, y empieza a comprender lo que antes desconocía y a amar lo que va conociendo...; siente nacer en su interior, anhelos, deseos, ansias de saber más, de amar más, ¡y que despreciables le parecen ya, los placeres del mundo, las vanidades de la tierra, los amores aquellos en los que hasta entonces había cifrado ella su ilusión y su felicidad!

Y contenta, feliz, con una felicidad intensa y pura, deja allí su cántaro, corriendo a la ciudad y dice a las gentes:

—Venid, y veréis a un hombre que me ha dicho todo cuanto yo he hecho; ¿Será quizás este el Cristo?

MARÍA AURORA PAREDES.

La Iglesia y los Difuntos

En el espiritualismo cristiano no hay piedad tan sincera y tan legítima como la piedad que sabe sentir, comprender, vivir las realidades hermosas de la liturgia, ni encontrará asunto tan propicio quien pretenda acendar estos sentimientos piadosos, como las enseñanzas y emociones que arrojan las festividades religiosas del culto católico.

La festividad impresionante del día

de difuntos tiene incentivos especialmente soberanos para reavivar los fervores de la piedad y aquilatar sus incendios. El espíritu de piedad que este día funerario debe animar a los fieles, pide un afecto de recuerdo, un socorro de oración, una emoción de enseñanza.

Los Difuntos

No es la tumba el sepulcro de las almas. Con la misma descarnada mano, con que la muerte cava el sepulcro en la tierra para nuestro cuerpo, con ella golpea las puertas de la eternidad requiriendo albergue para nuestras almas.

Y esas almas que penetran en la eternidad, si son justas, y lograron mediante una vida de sacrificios redimirse del reato de la culpa, suben entre nubes de luz a la gloria; si son criminales caen a los eternos abismos de confusión, en donde con la desesperación petrificada en su corazón, odiarán y maldecirán eterna e infructuosamente; otras almas justas también, pero que no alcanzaron en vida a limpiarse de faltas veniales o del reato de las mortales, serán detenidas en el Purgatorio a completar la expiación que no lograron, porque nada manchado puede entrar en el cielo. Para estas almas es para quienes la Iglesia nuestra Madre reclama las bondades y ternuras de sus hijos, que pueden socorrerlas. Por el dogma hermoso de la Comunión de los Santos, las obras meritorias de los que viandantes todavía en este mundo las podemos realizar, tienen resonancia eficaz en las almas de los difuntos, y si nada podemos hacer para los condenados, porque allí no hay alivio alguno, nuestras obras buenas pueden aumentar la gloria accidental de las almas bienaventuradas y pueden ser refrigerio de las almas del Purgatorio. Para éstas particularmente nos exige

nuestra Madre la Iglesia el afecto del recuerdo, el socorro de la oración.

Afecto del recuerdo

La ausencia hiela frecuentemente los sentimientos más refinados del cariño, el recuerdo es ráfaga de afectos que los vivifica. Ni es extraño que con voz de tumba lamentosa y desgarradora, nos pidan desde la cárcel donde interinamente sufran las almas benditas un recuerdo, *miseremini mei*.

¡Un recuerdo! ¿Puede el afecto de muchos recuerdos llegar hasta el Purgatorio, para solaz de los que allí tanto padecen? Ciertamente, Dios Nuestro Señor, que piadoso rige las relaciones de sus escogidos en admirable economía, puede hacer y hará que estos afectos de nuestro recuerdo tengan ondas dilatadas, que partiendo de nuestro corazón, terminen refrigerio de las almas por quienes nos interesamos.

El tráfigo incesante del diario batallar, el ambiente disipador de los afanes de la vida, pueden sofocar el recuerdo de los muertos; hoy es el día de las reivindicaciones del amor, de la restitución del recuerdo para nuestros difuntos: *miseremini mei*.

Socorro de oración

¡Un recuerdo! Buen alivio para las almas queridas; pero él solo es muy efímero el alivio que les proporciona. Como esas rachas de brisa fresca; que por un instante recrea las flores agostadas por calores intensos, y tan pronto como pasan las brisas, los incendios vuelven a quemar las flores, así el recuerdo únicamente podrá beneficiar brevemente a las almas del Purgatorio. La oración, la limosna, el sacrificio son sufragios eficaces porque atemperan sus penas con rocíos del cielo y disminuyen su cautiverio con meritosas satisfacciones. Roguemos y sacrifiquémonos por aquellas almas que esperan nuestras

oraciones y sacrificios aliviadores de sus tormentos.

Emoción de enseñanza

No hay maestra tan real de la vida como la muerte! La cátedra de la muerte es el cementerio!, lugar de reposo, asilo de paz, escuela de desengaños. Quien asordecce a sus lecciones puede un día lamentarse infructuosamente; la docilidad a sus enseñanzas es la única garantía definitiva.

Parece extraña la indiferencia con que en estos días sagrados..... sagrado recinto con ostentaciones de necia vanidad!

¡Ah! si esos difuntos a quienes pretenden honrar pudiesen hablar, cómo condenarían esos alardes profanadores, que muchas veces significan esas fastuosas coronas y esos impropios arreos que llevan a donde solamente cumple un espíritu compungido y triste.

Visitad, visitad vuestros difuntos, pero hacedlo con espíritu de fe, con afecto de devoción, con sentimiento de piedad, y escuchad las voces que con elocuencia innegable nos repite con el poeta:

Es la historia del hombre y su locura
Una estrecha y hedionda sepultura.

Un cura ladrón

La pobre hermana Sor Santo Rosario es una monja bien fastidiada!

De la boca al plato, pobre hermana, ¡cómo iba ella a creer que hubiese tanta distancia!

¡Figúrense ustedes que aquella misma mañana había recibido para sus pobres en hermosos billetes azules tres mil francos! ¡una friolera! ¡un verdadero sueño! que había sido causa de que se pasara repetidamente la

mano por la frente preguntándose a sí misma: ¿Estoy soñando o despierta?

¡Era tan agradable para sus finos dedos el suave contacto de aquel mazo de billetes! ¡porque no dejaban de ser tres mil francos! ¡Treinta billetes grasientos o ajados; eso importa poco, porque no piensa más que en las hermosas pipas, en los vasos, en las sólidas ropas, en mil fruslerías de regalo que representaba aquella suma para sus niños grandes del asilo!

Queriendo que alrededor de ella todo respirase alegría, ha comunicado su felicidad a todos... hasta que de repente una voz áspera ha lanzado en medio de la conversación estas palabras fatídicas:

—...¡Con todo, ese dinero no le pertenece a usted!

¡Pobre hermana del Santo Rosario!

Siéntese invitada de pavor con sus ojazos abiertos, llenos de espanto, delante del limosnero, un bruscote muchacho, todo de una pieza sin pulir, con el cabello en forma de cepillo, cejas pobladas y espesas, nariz pequeña hasta el extremo de dar que pensar si cuando estaba en casa de la nodriza se habían pellizcado como en tiempo de los Hunnos; cutis moreno del Mediodía; podía decirse de él:

«no eres cobrizo, ni blanco,
puede, con todo, afirmarse
que bien el sol te ha dorado.»

Como que se trataba de sus viejos, la Santo Rosario parecía hallarse sobre ascuas.

—...¿Que no podemos quedarnos con estos tres mil francos? ¿Por qué, señor Limosnero?

—¡Imposible!

Esta palabra *imposible* cae con un estrépito desolador sobre las esperanzas de Santo Rosario

—¿Pero no es a nosotras a quienes se han dado?

—Veamos, hermana: estudiemos el caso. Se resuelve por sí mismo: mue-

re un sujeto después de haber prestado a un amigo tres mil francos...

—...El los daba por perdidos.

—En principio, el dinero prestado es dinero perdido. No me interrumpa usted. Prosigo. Ese amigo, contra toda previsión y después de confesarse, quiere devolver ese dinero...

—Y nos lo manda..

—Sí, pero agrega: «Ignoro qué debo hacer, porque la esposa del amigo mío vive aún; ahí va la dirección. En todo caso, hermana, si V. cree que *en conciencia* puede V. quedarse con él, quédesele, pues prefiero que vaya a V., a que vaya a esa mujer.» ¿Es o no este el caso... Sor Santo Rosario?

—Sí, señor...

—Pues bien. ¡Usted no puede conservar semejante dinero, porque ese hombre no tiene derecho a dárselo a usted!

—¡Y con todo, nosotros tenemos mucha más necesidad de él que esa señora que es muy rica!

—¡Hermana mía, si estuviésemos en cátedra de Teología obtendría usted una malísima nota! El señor Rotschild también es muy rico; pero, con todo, si le roba usted veinte francos usted no deja de cometer un «robo».

—Entonces...—y en esta frase se compendian abismos de desesperación.. —¿es preciso, pues, que se los entregue?

—¡Completamente preciso!

Y la pobre hermana, que se acuerda de sus viejos, saca trabajosamente de su pecho treinta billetes de cien francos: y poco a poco, uno después de otro, hace entrega de ellos, como si al verificarlo fuese dando pedazos de su corazón, poniéndolos en la ancha mano del cura que no se cierra hasta recibir el último.

* * *

Tras el pavimento de madera, el de asfalto, luego el atronador empedrado. llega un momento que, dando saltos en el asiento, el cura tiene que

desistir, metido en un fiacre apocalíptico, de leer en el Breviario, suponiendo que se acercaba al sitio adonde se dirigía.

Calle Torcy. . calle Pajol... calle del Departamento.. calle de Flandes... fábricas... talleres... fundiciones... altas y ennegrecidas chimeneas que despiertan la idea de fúnebres estelas... pequeñas tiendas-despacho de la crápula...; casas cuadradas de yeso de cuyas ventanas cuelgan pingajos...; bandadas de muchachos desarrapados que jugaban en el arroyo... y luego cercas y más cercas, largas, feas, monótonas, por entre las cuales discurren lentamente pesados vehículos de carga...

El cochero va torciendo filosóficamente ahora por una calle, luego por otra. Preséntanse a la vista otras cercas de ladrillo todavía más largas... y aún más tristes... Al final un pabellón de piedra que sería hermoso, hasta monumental, si los humos perpetuos no hubiesen depositado por encima de él un pesado velo negro de hollín.

—¡Allí es...!

* * *

—¡La señora no está en casa!

El cura recibe con faz tranquila el apóstrofe que, por otro lado, estaba ya dispuesto a escuchar. Son las once de la mañana. La señora a aquella hora no dejará de estar.

Pero la portera es una de esas mujeres rabiosas, con cuyo trato íntimo uno se representa fácilmente el infierno, y tratándose de un cura, en presencia del asunto, no es extraño se haga esta pregunta interiormente: «¿Cómo es posible que un hombre pueda apechugar con semejante muestra?» ¡Oh poder del amor!

Enjuta, chata y amarilla, toda su vida femenil parece haberse refugiado en su cara de ignorante que ilumina con verdoso color dos ojillos legañosos.

—Yo desearía que fuese usted a

ver si *en realidad* la señora no ha vuelto ya.

—La señora no está nunca en casa *para vosotros*.

—¿Nosotros?...

Y el cura fija en ella esta mirada propia de los que se encuentran muy sobre sí y que parece decir:

«¡Con qué gusto, hermosa, te sacudiría unos cuantos palos con la escoba!» Pero la frase quedó traducida así:

—La señora tiene un *gran* interés en verme.

Delante de esta afirmación, la Hada Carabosse supo encontrar un aire inmensamente escéptico al estilo de Juno:

—...¿Interés en recibir a usted?... ¡Vuelvo a repetir que la señora ha salido de casa para todo el día! Miento acaso ¿sí o no? ¡Ea! ¡no se moleste usted! ¡Yo le aseguro que no está!

—¡Pero yo le repito que me recibiría *desde luego* si supiera a lo que vengo!

Entonces la Carabosse, poniendo los brazos en jarras, exclamó:

—¡Mire usted que son cargantes esos curas y esas monjas, cuya vida se la pasan fastidiando al prójimo y viviendo de la mendicidad! ¿Tendrá una que echarles de la puerta de una vez?

* * *

Como que chillaba recio en el corredor, Honorato, el criado, baja con el hocico largo, amarillo de coraje, bilioso, enjuto, y con un tonillo protector se dirige al cura:

—¿No se le ha dicho a usted, hermano, que la señora no está? ¡Vaya, desfile usted!

El cura, que a la razón se halla en presencia de un hombre, se endereza un poco más:

—Dígame usted, don nadie... ¿se le paga a usted para que sea descortés...? Vuelvo a repetir que yo no ven-

go a pedir nada... La señora tiene el mayor interés en recibirme.

—¡La señora no necesita de nadie!

—Está bien. Ya que es así, vaya usted y diga a la señora lo siguiente: «Si no me recibe, yo no volveré a poner los pies aquí... Ella se perjudicará *a sí misma*; yo sí que la recibiré... pero será cuando pueda, y le aseguro a usted que me tomaré el desquite...»

Honorato, con el plumero debajo del brazo, se marcha del peor talante, desmazelado, por la escalera arriba, penetra en el corredor, desde cuyo sitio percibe claramente el cura el roce de un vestido y dominando el ruido una vocecita agria y excitada:

—Pues es muy sencillo. Si tanto necesita verme ese cura que quiere hablarme... ¡que escriba!

¡Oh lógica femenil!

Vuelta de Honorato más engreído, más amenazador que antes.

—Resueltamente la señora no está en casa: ¡escribale usted!

—Aquí mismo, pues,—replica el limosnero.

—¡Toma!

Y arrastrando los zapatos viejos, Honorato busca un pedazo de papel el más sucio y puerco posible... Precisamente debajo de una silla hay un papel amarillo procedente de la carnicería, en el que vinieron envueltos hígado y piltrafa para el gato de la tía Michel.

El cura saca el lápiz con mucha calma, y de pie,—naturalmente que no le iban a ofrecer silla,—escribe encima del breviario:

«Señora: Tenga V. la bondad de *disimularme por este pingajo: es el único papel que los criados de V. han podido encontrar en su casa de usted para poder escribir yo a usted. Traigo conmigo tres mil francos, que vengo a entregarle de parte de un deudor de su marido de V.—Vea V. si puede recibirme.*»

Y entregándolo al criado, que espe-

ra desdeñosamente apoyado de espaldas contra la pared y las manos cruzadas atrás, le dice:

—Entregue usted esto.

—¡Curita!... psch!

Puertas que se abren de repente... Un criado que se precipita solícito, dúctil, pegajoso; y antes de que pueda decir nada el criado una señora sentimental, cubierta con un peinador color de malva, que se adelanta presurosa en la habitación:

—¡Señor cura! ¡Por Dios, entre usted querido señor cura! ¡Cuánto siento todo esto! Pase, pase usted... se lo ruego... Estos criados no saben nada... perdone usted, son nuevos.

—¿Y esto es el mundo?—piensa el cura pisando recio...—¡Puf!

Llegado hasta el salón, el limosnero saca de la cartera el paquete de billetes azules, y sin pronunciar palabra, los entrega a la señora, cuyos ojos brillan con vivos destellos...

—Pero, señor cura... ¿podré saber...?

—No... ¡es un secreto de confesión!

—Es verdad ¿Pero ocurre esto alguna vez?

—A menudo.

—¡Oh, perdone usted!.. le tengo a usted de pie.

—No merece la pena... me espera un coche en la puerta. Por otra parte, yo he concluído. Tengo el honor de saludar a usted, señora

—Dígame usted señor cura, ¿qué puedo hacer por usted?

—Decir a sus criados que tengan un poco más de urbanidad

—¿No tiene usted pobres?

—Yo... no. Puedo sí decir a usted que esos tres mil francos, de los que no tiene usted necesidad, se los he quitado a unos infelices que carecen de todo, y que están cuidados por religiosas a las que he tenido que romper el corazón en nombre de una justicia impacable

—¿Entonces?...

—Usted misma verá...

La señora tuvo un momento de duda... con sus dedos hojeó el paquete de billetes... lentamente.. con el sufrimiento de la indecisión. ¡Pobres billetes, apenas llegados ya se marchaban! Y no había más que billetes de cien francos... ni uno de cincuenta. La verdad es que no se entregan cincuenta francos para personas a quienes uno no conoce y cuya procedencia de Adán y Eva es el único parentesco conocido. ¡Tiene miga la cosa! Debería llevar una dinero encima siempre... ¡Tener que verse obligada a dar un billete! ¡En fin, ya que no hay más remedio!... Decídese, por último, a alargar uno al cura.

—¡Tome usted, para sus pobres!—dijo con aire de gran señora.

Y el cura, sin dejar de andar, metió el billete en la cartera.

—¡Oh, que ladrón!—murmura el criado que ha observado la acción.— ¡Miren cómo él se ha salido con la suya en sacar mendrugo de la señora!

PIERRE L'ERMITE.

Derechos y deberes

La vocinglera turba del liberalismo que, encadenando dislates con inapeable rigor, nos lanzó de bruces en el infierno comunista, se dió, entre otras mil maneras de superchería y embaucamiento, a una desaforada proclamación, alabanza y hasta creación de derechos de toda clase.

Era la señal con que nació. En los umbrales de la revolución moderna aparece la pomposa Declaración de derechos del hombre. A su conjuro, comenzaron a aparecer derechos y más derechos, con la misma naturalidad que si fueran hongos.

Puestos ya en el desenfrenado tobogán de la demagogia, fué imponente el alud de derechos. Tantos fueron

que amenazaron ahogar la sociedad. Se oponían al paso de ésta como las alambradas espinosas al de un ejército. Derecho a esto, derecho a lo otro, derecho a lo de más allá. Para todo se tenía derecho. Y lo que resultaba en verdad, con tal hipertrofia del derecho, era que al entrecruzarse tan diversos derechos no existieron los de nadie. Y que por ello el mundo se vió, como pocas veces, en manos de la más absoluta arbitrariedad.

A ese pueblo engañado por los bulangueros y aprovechados sofistas que cada día inventaban un nuevo derecho, hay que decirle la verdad y traerle a la realidad de las cosas.

Buenos son los derechos, y el hombre los tiene. Pero tienen que ir acompañados de sus correspondientes deberes. No se puede hacer mención de aquéllos sin que se haga también de éstos.

El pueblo, el hombre, tienen derechos. Exacto. Pero también tienen deberes. Es imposible, por tanto, hacer una proclama unilateral.

Para que se reconozca que el hombre tiene un derecho, debe reconocer el hombre que tiene que cumplir un deber. Es la contrapartida.

Comenzamos una nueva época, de reciedumbre, de austeridad, de trabajo, de deber, en suma. Y conviene fijar claramente los términos.

El pueblo, en su más amplio y armónico sentido, tiene derechos. El primordial, es el derecho a ser bien gobernado.

Tiene también—y, es ésta, doctrina de Santo Tomás—derecho a intervenir en cierta manera en las tareas de gobierno.

Pero todos, pueblo y hombres aliados, tenemos más deberes que derechos. Todo lo contrario a lo que se han hartado de predicar liberales y marxistas.

Más deberes que derechos. El deber, por otra parte, es ineludible, no

se puede dejar de cumplir; mientras que el ejercicio de un derecho se puede renunciar.

Para con todos hay deberes. Para con Dios, para con la Patria, para con la autoridad. Hay deberes de los padres, de los hijos, de los patronos, de los obreros, de los ricos, de los pobres. Todos tienen la vida jalonada de deberes que cumplir, porque la existencia precisamente es lucha, milicia, dureza, sacrificio, no comodidad, flojeza y aburguesamiento.

Exaltación del deber, es lo que necesita hoy nuestro pueblo. Que se inculque a todos esta idea básica: hay que cumplir con exactitud los deberes que tenemos.

Así es como se podrá organizar la sociedad futura. Sobre la firme base de los deberes cumplidos.

Entonces se podrá hablar a los hombres de derechos. Cuando cumplan sus deberes.

JUAN DE ZUBIETA.

La Cruz y la Espada

Del Cardenal Primado de España al Generalísimo de sus Ejércitos

La Iglesia de España que recibió de Irlanda, la católica y heroica, una cuantiosa suma para sus necesidades, la entrega para material sanitario del Ejército español

Hace pocas semanas que el Excelentísimo Sr. Arzobispo de Dublin, Primado de Irlanda, promovía una cruzada de oraciones en favor de Es-

paña, angustiada en su tremenda lucha contra el comunismo, y una colecta entre los católicos irlandeses para aliviar la situación aflictiva de nuestras iglesias devastadas. Se tenía la plegaria nacional el 24 del pasado Octubre y el mismo día tenía lugar la cuestación en favor de España, a la puerta de todas las iglesias de Irlanda. La colecta produjo la cuantiosa suma de 32.000 libras esterlinas, más de millón y medio de pesetas al cambio actual.

Esta respetable cantidad, con que la Iglesia en España hubiese podido aliviar la situación de sus derruidas iglesias o de sus sacerdotes desterrados y perseguidos, ha sido puesta por el Primado de España, Cardenal Arzobispo de Toledo, en cuyas manos la había puesto el Primado de Dublin, a disposición del Jefe del Estado, Generalísimo Franco, para adquisición de material sanitario para nuestro ejército, que en los frentes de batalla sostiene tan ruda lucha con los enemigos de España.

Nuestros soldados, heridos o enfermos, necesitan cuidados exquisitos, a los que atiende con solicitud el alto mando. Pero nunca son bastantes los cuidados en favor de quienes han dado con prodigalidad su salud, su sangre y su vida para la patria querida. Ha bastado una indicación de carácter diplomático, hecha por la señorita O'Brien y el General irlandés O'Duffy personalmente a nuestro Primado para que éste, previo acuerdo con los Reverendísimos Metropolitanos, pusiera en manos del Generalísimo Franco, con destino a nuestros hospitales militares, la cuantiosa limosna que los católicos irlandeses destinaron a las iglesias de España.

Así los Prelados de la Iglesia han dado una vez más, en medio de la terrible persecución que han sufrido y a pesar de sus grandes necesidades actuales, una gallarda prueba de patrio-

tismo y de caridad cristiana en favor de los desvalidos, víctimas de las contingencias de una guerra durísima.

Plácenos transcribir en las columnas de esta revista la carta que con este motivo ha dirigido al Jefe del Estado el Eminentísimo Cardenal de Toledo.

Pamplona, 7 de Noviembre de 1936.

Excmo. Sr. D. Francisco Franco, Jefe del Estado español y Generalísimo de sus Ejércitos. Salamanca.

Excelentísimo señor: Me es grato anunciarle que los católicos irlandeses, y en su nombre el Excelentísimo señor Arzobispo de Dublin, Primado de Irlanda, ha puesto a disposición de las iglesias devastadas de España, y en representación de ellas la han puesto en mis manos como Primado, la cantidad de treinta y dos mil libras esterlinas que en una cuestación promovida por el Arzobispo de Dublin, junto con una campaña de oración por el triunfo de nuestras armas, han sido recogidas, en un mismo día, a las puertas de todas las iglesias de Irlanda. En nombre de los católicos españoles he transmitido al Primado y pueblo católico de Irlanda los sentimientos de la más viva gratitud por rasgo tan noble y generoso.

Posteriormente, y por iniciativa de Mr. Belton, Presidente del Frente Cristiano de Dublin, a la que se ha adherido el General irlandés monsieur O'Duffy y Miss O'Brien, que ha sido intermediaria entre Mr. Belton y el que suscribe, se ha creído oportuno, en estos graves momentos en que se ventila en los campos de batalla el porvenir de España y ante las cuantiosas necesidades de un Ejército numerosísimo que lucha con un enemigo al que prestan ayuda aliados del comunismo internacional, invertir la cuantiosa limosna que Irlanda ha recogido con destino a la Iglesia en España en material sanitario para el Ejército español. A este fin, y en conversación

habida en esa con Miss O'Brien, y en Toledo con el General O'Duffy, secundando indicaciones de Mr. Belton, Presidente del Frente Cristiano Irlandés de Dublín, he sido requerido para secundar tan generosa iniciativa, accediendo a que las 32.000 libras se destinaran a la adquisición de material sanitario para nuestro Ejército.

Siempre la Iglesia en España tuvo a honor especial amar y servir a la Patria, y siempre se ha esforzado generosamente en ayudarla en todos los órdenes, poniendo a disposición de las Instituciones y de su Gobierno sus factores de carácter espiritual y moral y aportando dentro de sus posibilidades sus recursos de orden material. Por ello, interpretando los sentimientos de mis venerables Hermanos en el Episcopado y del católico pueblo español, me complazco, contando con la aquiescencia del Primado de Irlanda a quien he teleografiado en este sentido, en poner en manos de Vucencia la suma de 32.000 libras esterlinas para que se sirva destinarlas, según su criterio, al socorro de enfermos y heridos de nuestro invicto Ejército.

Con ello, Excelentísimo señor, la Iglesia de España cree cumplir con su misión de misericordia y caridad, que son flor exquisita de su vida a través de su historia, al par que exterioriza sus sentimientos de amor inextinguible a la Patria querida. Y si la reconocida modestia de Vucencia lo consintiera, la Iglesia, por mediación de su Primado, quisiera con ello expresar su admiración y su gratitud hacia el Generalísimo de los Ejércitos españoles que con tanta gloria ha sabido llevar nuestras armas a la victoria y ha abierto horizontes de paz y de esperanza a la España angustiada por la tortura de años de opresión.

Me es grato con este motivo, Excelentísimo señor, reiterarme de Vuc-

cencia afectísimo amigo y s. s. que le bendice con todas sus empresas.

† I. Cardenal Gomá Tomás,
Arzobispo de Toledo.

Al dar cuenta de este hecho no podemos menos de congratularnos por el alto ejemplo que nos ha dado la Iglesia por sus Jerarcas en este momento gravísimo de la historia de España, deseando que sirva de estímulo a cuantos posean medios de fortuna para imitar este gesto espléndido de patriotismo y de caridad cristiana.

La carta de nuestro Primado al de Irlanda dice así:

Pamplona, 7 Noviembre de 1936.

Excmo. señor Arzobispo de Dublín.
Dumcondra-Dublín.

Mi venerado Hermano y Reverendísimo Primado de Irlanda: Por el General irlandés O'Duffy, a quien tuve el honor de recibir en mi palacio de Toledo, he sabido el gran acto de caridad y simpatía que ha tenido Vucencia para con nuestra España, que pasa actualmente por la terrible tribulación de una guerra cruentísima, invitando a todo el venerable Episcopado irlandés a una plegaria universal de los católicos irlandeses en favor de España y a una colecta con cuyos resultados se pudiese aliviar la situación aflictiva de muchas de nuestras Diócesis, devastadas por la guerra, y especialmente con destino a la reconstrucción de iglesias, que a centenares han sido destruidas perdiéndose con ello incalculables tesoros de arte y de tradición religiosa de nuestro país.

Por el mismo autorizadísimo conducto, y confirmado lo que en telegrama de 27 del pasado Octubre me anunciaba Mr. Beltón, presidente del Frente Cristiano Irlandés, he sabido que en la colecta por España que se ha tenido a la puerta de todas las iglesias de Irlanda y en el mismo día

se ha recogido la respetable cantidad de 32 000 libras esterlinas. En nombre del venerable Episcopado español, que ha recibido como emoción profunda esta prueba de caridad que para con nuestras iglesias ha tenido la cristianísima Irlanda, así como en representación del católico pueblo español, sometido hoy a la rudísima prueba de una persecución religiosa como no la hayan conocido los pasados siglos, me es grato dar a Vucencia rendidas gracias por su nobilísimo gesto, que acredita una vez más la fé y la hidalguía del pueblo irlandés que ha tenido en Vucencia adecuado intérprete. ruego al propio tiempo a Dios nuestro Señor que premie largamente su caridad, derramando sobre la católica Irlanda sus gracias para que aumente su prosperidad y grandeza.

Posteriormente, y siguiendo indicaciones de Mr. Beltón, he tenido en Salamanca una entrevista con Miss Obrien, quien me ha indicado la conveniencia de que la cantidad recogida con destino a las iglesias devastadas de España se invirtiera en material sanitario para el Ejército español, que está necesitado de ello y que con tanto valor y abnegación lucha en los campos de Batalla para el triunfo de la causa de España, que es en este caso la de la justicia, de la civilización y de Dios. La misma indicación se ha servido hacerme el General O'Duffy en la entrevista habida con él en Toledo.

Comprenderá Vucencia que en estos momentos, cuando los enemigos de la España cristiana reciben copiosos auxilios del extranjero, que les han consentido prolongar una lucha de la que España quedará desangrada y empobrecida, la Iglesia, por un deber elemental de patriotismo y de caridad para con los heridos y enfermos de nuestro Ejército, no podía ser indiferente al requerimiento que se le hace para que renuncie a la cuantiosa

limosna que a sus necesidades destinaba el pueblo irlandés y que por manos de su Primado debía ser depositada en las del suscribiente, Primado de España. Por ello me complazco en reiterarle a Vucencia, en nombre del Episcopado y del pueblo Español, los ofrecimientos hechos al General O'Duffy y a Miss Obrien, poniendo en manos de Vucencia las 32.000 libras esterlinas recogidas en la estación para que, si merece su aprobación este acto de caridad y patriotismo que la Iglesia española hace en favor de nuestro invicto Ejército, se sirva destinarlas en su totalidad a la compra de material sanitario con que se alivie la situación de nuestros soldados heridos y enfermos.

Será ello, al mismo tiempo, un acto con que Irlanda, por su Iglesia tan dignamente representada por Vucencia, se solidarice con España en estos momentos de angustia, realizándose con ello el anhelo tan gentilmente expresado por Miss Obrien al que suscribe de que la católica Irlanda corresponda en alguna forma, a través de los tres siglos que han transcurrido, a la generosidad con que España amparó a los católicos irlandeses que huyeron de su país, afligidos también por cruenta persecución religiosa.

Sabemos por otra parte, Excelencia, que es inagotable la caridad de Irlanda y que según delicada indicación de Miss Obrien, no habrán de faltar ocasiones en que, vencidas ya las dificultades que el momento presente ofrece en los campos de batalla, acuda al socorro de nuestras iglesias, devastadas en su totalidad en algunas regiones.

Para recibir y distribuir su caridad generosa, así como para informar a Vucencia de cuanto se relaciona con la situación de nuestras iglesias, se complace en ponerse a su disposición su afectísimo Hermano que le reitera

sus sentimientos de gratitud y con todo afecto se dice de Vuestra Excelencia S. S.

† CARD. GOMÁ TOMÁS,
Arzobispo de Toledo.

Una autorización expresa del Papa para los sacerdotes españoles

Reverendísimo Padre:

Con todo el apremio posible me he apresurado a presentar, al Augusto Pontífice la súplica de S. P. Rvma. del 20 del corriente, en la cual implica en favor de los sacerdotes, seculares y religiosos, que se hallan en las partes de España donde arrecia la persecución religiosa, la facultad de celebrar, eso de que no se pueda hacer de otro modo, el Santo Sacrificio «sine ara sacra», sine vestibus sacris, utendo, loco calicis, vaso vitreo decenti...

Su Santidad, en la Audiencia de hoy se ha dignado benignamente conceder la gracia implorada, mientras se prolonguen las dolorosísimas condiciones presentes.

Haga, por lo tanto, S. P. conocer tan benigna concesión a los Ordinarios y a los sacerdotes, con que pueda comunicarse.

Su Santidad, que está en el corazón unido a estos afligidos hijos suyos, que escriben con los padecimientos y con la sangre una página gloriosa en la Historia de la Iglesia, les envía a ellos y a los fieles que condividen los sufrimientos una especial Bendición Apostólica que les ayude y les dé valor.

Con sentimientos de estima me es gratomanifestarme de V. P. Rvma. devotísima en el Señor.

(f. to. E. Card. PACELLI).

Reverendísimo Padre FILIPPO MARIANO.

Superiore Generale del Claretiani.
ROMA.

La nueva reconquista de España

Llevamos más de tres meses de Santa Cruzada.

Día a día las victorias se han ido bordando con el hilo precioso de heroísmos y sacrificios, en el rojo y gualda que hemos vuelto a elevar en el mástil alto de nuestra Historia.

Hoy, que el triunfo es una cuestión de breve plazo, volvemos la vista hacia atrás y recordamos la génesis de nuestro Movimiento:

El 17 de julio de 1936, en la fecha gloriosa que será un aniversario en la nueva España, se alza en el Marruecos español la protesta viril contra cinco años de vergüenza y oprobio nacionales. Surge la protesta, y cruzando el estrecho hostil al sentido grande de la Patria por la traición de parte de la escuadra, encuentra eco de mil voces: en los Requetés navarros que se descuelgan guiados por Mola, hasta las laderas de la Sierra madrileña; en toda Castilla, que se une con fe y entusiasmo al Movimiento; en Sevilla, donde Queipo de Llano es alma y gracia de Andalucía; en Galicia, donde el nombre de Calvo Sotelo es fuerza suficiente para enardecerla; en Aragón, donde desde el primer día tienen que sujetar a la avalancha anárquica de Cataluña; y en la España insular, donde no se oye un grito de protesta contra la Santa Cruzada.

Y por último, en Oviedo y en la ciudad imperial de Toledo, unos valientes resisten el cerco de las fuerzas rojas desatadas contra España.

Desde aquel 17 de julio hasta hoy. ¡Cuántos y cuántos hechos dignos de gloria y de recuerdo!

Porque ni una sola vez retroceden nuestras fuerzas y la bandera va sin-

tiéndose poco a poco acariciar por todos los aires españoles.

Se ocupa Guipúzcoa y parte de Vizcaya. Se aleja la pesadilla de los catalanes por Huesca y por Zaragoza. Y por el Sur la pericia del general Franco salva los obstáculos para extender el nombre de Patria por toda Andalucía, cubriéndose de gloria más tarde, las columnas que han cruzado el estrecho, en las grandes extensiones de la Extremadura roja. Se liberta a los héroes del Alcázar de Toledo, contra quienes han sido impotentes toda la vesanía de las hordas madrileñas, y en el Norte, Oviedo, se ve también libre por el esfuerzo de las columnas gallegas.

Y ya en el comienzo del momento final, llegan las avanzadas a veinticinco kilómetros de Madrid. En la atemorizada capital se oyen los cañonazos y retumban en la Puerta del Sol las pisadas seguras y firmes de los que no ceden en su empeño de salvar a España y al mundo entero de la ola mongólica que quiere acabar con la civilización occidental.

Citar nombres y dejar elogios es imposible. Todos, los que cayeron y los que aun siguen mirando a la muerte, sin inmutarse, se han unido en el afán común que todos compartimos.

Todos han abierto la página en blanco de la historia y han escrito el nombre santo de Madre España.

Todos han dicho: ¡Por España!, y han extendido los brazos para abrazarse al futuro que no conocen y ya presienten en el anhelo de sus corazones.

J. V. P.

Lea V.

todas las noches

“El Defensor de Córdoba”

Un mote raro

—=—

¿Tiene usted curiosidad de saber el origen del remoquete con que todos me designan en este pueblo?... Pues se lo referiré a usted en dos palabras: Hací muchos años de esto, pues soy bastante viejo; caí soldado y fui destinado al ejército de Africa, donde pasé tres años, teniendo la suerte de ser licenciado sin haber sufrido más que dos heridas de poca importancia en una de las infinitas acciones guerreras en que tomé parte. En cambio, si volví a mi casa sin deterioro físico, lo traje y no pequeño en la parte religioso, pues había adquirido en mis campañas africanas la maldita costumbre de blasfemar estúpidamente, sin ton ni son, escandalizando a mis convecinos, gente por lo común de honradas costumbres y piadosas creencias.

Rezongaban las mujeres, hacían aspavientos las mozas, y hasta algunos hombres me solían reprochar con rudeza mis palabrotas; pero yo, terne que terne y echándomelas de guapo, proseguía impertérrito en mi desalmado lenguaje.

Llegó la cosa a tal extremo que hasta el señor cura que había entonces, Mosén Antón, que era un bendito, se creyó en el caso de darme una fuerte reprimenda, de lo que yo no hice el menor caso. Algún tiempo después, el buen señor, en un sermón de Cuaresma, al que yo no fui pero al que asistió el pueblo todo, incluso los niños de las escuelas, tronó contra la blasfemia y propuso a los oyentes que cuando escucharan alguna dijeran a voz en cuello «Bendito sea Dios», y cuantas más veces, mejor.

No cayó el consejo en saco roto, especialmente entre los chiquillos y algunas piadosas mujeres, y al día siguiente, al salir yo de casa para dirigirme al campo, vi al abrir la puerta un numeroso grupo de gente menuda

y varias personas mayores que al parecer esperaban mi salida. Sorprendido un tanto, solté la lengua y allá va una de mis brutalidades. Inmediatamente estalló una gritería ensordecedora. Todos los rapazuelos y algunas mujeres decían con entusiasmo: «¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios!». Como yo ignoraba lo que había predicado el Padre Antón, quedéme sorprendido en extremo y lancé otra blasfemia que dió lugar a una nueva gritería y repetición de la jaculatoria. Entonces caí en la cuenta de lo que significaba aquella manifestación, y aunque al pronto pensé disolverla a cachete limpio, temí que fuera el remedio peor que la enfermedad, por lo que en vista de que continuaban las voces infantiles, reforzadas por las de la mucha gente que se iba congregando y por los vecinos de la calle asomados a puertas y ventanas, y al ver a mi madre llorando como una Magdalena, tomé una resolución heroica, y subiéndome a un poyo que existe a la puerta de mi casa, comencé a gritar también con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Bendito sea Dios! ¡Bendita sea la Santísima Trinidad! ¡Bendita sea la Santísima Virgen y todos los Santos y Santas de la Corte Celestial!». Una nutrida salva de aplausos, vítores y exclamaciones de júbilo contestó a mis palabras, hasta que la tía Melchora, una buena viejecita que creo fué la organizadora de la manifestación, me dijo: «Por ahora nos vamos, porque has alabado a Dios; pero no te dejaremos a sol ni a sombra, y si no te corriges, te perseguiremos a todas horas hasta que te marches del pueblo o hables como fiel cristiano».

No fué menester más. Avergoncéme de ser objeto del desprecio del lugar, y por un acto de firme voluntad, suprimí la blasfemia de mi lenguaje, defraudando las esperanzas de los grupos de chiquillos que vinieron algún tiempo detrás de mí para ver si

reincidía, y me reconcilié con el señor cura; pero desde entonces el pueblo en masa dió en llamarme el *Tío Bendito sea Dios*, y ahí tiene usted cómo llevo un mote que es una alabanza continua del Todopoderoso.

AUGUSTO DANVILA.

El Cerro de los Angeles recuperado

—:—

El Cerro de los Angeles es el centro geográfico de España.

Por ser así, se levantó en él un monumento al Sagrado Corazón de Jesús. Era una promesa. Era un símbolo.

La promesa, por demás consoladora, había sido hecha al Padre Hoyos. Y decía... y dice:

«Reinaré en España con más veneración que en otras partes».

El símbolo era un corolario de esta promesa.

Erigir un trono al Rey de reyes es cosa justa.

Pero, además de justa, muy en consonancia con la tradición y los destinos de España.

En el centro geográfico de España, en el Cerro de los Angeles, España erigió un monumento al Sagrado Corazón de Jesús.

Fué confirmación de una promesa.

Fué expresión de un deseo, y de una aspiración.

El rey don Alfonso XIII, con toda la majestad de la realeza, proclamó solemnemente el reinado de Cristo; y España fué consagrada a El.

Y la milicia, la magistratura y el pueblo allí presentes, cayeron de rodillas ante la imagen de Jesús.

El Sagrado Corazón reinaba en España.

El Cerro de los Angeles, que era el centro geográfico de España, pasó a ser su centro espiritual.

Las multitudes marchaban, devotas; a postrarse ante el Sagrado Corazón, en el Cerro.

Cantaban allí cantos de paz y de bien.

Bajo la inmensidad, al cielo azul exponían sus quejas de amor y de dolor.

Nunca hicieron a nadie mal; y renovaban ante el Cristo con los brazos amorosamente abiertos sus juramentos de amor a Dios y lealtad a España.

Pero el enemigo acechaba en la sombra,

Es un enemigo que por signo de su psicología, levanta el puño amenazador.

Lleva en los labios un constante ¡muera!

Y a fuerza de bucear en el fango, no quiere levantar la vista para ver la luz de las estrellas. Un día...

Cuando hubo decapitado sacerdotes, encarcelado vírgenes del Señor, subvertido el orden y arrebatado el poder, tuvo una idea diabólica.

Derribó de su trono al Sagrado Corazón, en el Cerro de los Angeles, destrozó el monumento y...

Sonrojo causa el decirlo.

Fusiló a Cristo, en su venerada imagen del Cerro.

Dijo en su insensatez: «Ya no reina en España».

¡Desdichado el que escupe al cielo, puesto que recibe siempre en su propia faz el salivazo!

Cristo sigue reinando en su trono de corazones, del cual aquel otro levantado en el Cerro de los Angeles era figura y exponente. Pero hay más.

Los españoles, que de otro modo hubiéramos sufrido gustosos el martirio, no hemos podido aguantar el feroz latigazo en el rostro.

Y hemos emprendido la reconquista de España; de nuestra España.

La España del Sagrado Corazón, de la Virgen del Pilar, de Santa Teresa de Jesús, de San Ignacio de Loyola, de Javier, de Calasanz y de Claver.

A fuerza de sacrificio de los patriotas, hemos recuperado el Cerro de los Angeles, y con él el centro geográfico de España; y su centro espiritual.

Hemos recuperado más. Vamos recobrando la España católica, la tradicional, la única.

La que dió su fe religiosa a veinte naciones americanas que la llaman madre.

La que combatió hasta desangrarse, al islamismo, al protestantismo, al jansenismo, al filosofismo.

La que está combatiendo al comunismo, cifra y compendio de todas las herejías, porque se basa en la negación de Dios y de toda vida sobrenatural.

Hemos recuperado el centro geográfico; así recobramos toda la nación. Y España será católica.

DESIDERIO SALVUS

Idea cristiana de la Patria

—=—

Un puerto extranjero allá lejos, muy lejos. Entre el bullicio de las gentes de veinte naciones que pululan por allá, hay un viajero español. Un español que por los azares de la vida ha vivido largos años fuera de su patria, comiendo, diría el Dante, el duro pan del destierro.

Pero, por fin, ha llegado el feliz momento de retornar a su familia, de abrazarse con sus amigos, de pisar el suspirado suelo patrio.

En los buques del puerto ondean banderas de distintas naciones, y entre ellos divisa el SUYO, el vapor español, con la bandera roja y gualda, en el que ha de hacer la travesía. ¡Con qué ojos tan distintos, con qué mirada tan impregnada de amor, mira este ilustre proscrito a su buque, cuya suerte, mientras dure la travesía, va indisolublemente unida a la del viajero, casi tan unida como el cuerpo al

alma! Ese navio no será acaso tan esbelto y gallardo como otras naves que flotan en aquellas aguas, pero para nuestro viajero vale más que todos ellos. Cada vez que se posa su mirada sobre SU BUQUE, palpítale el corazón de alegría, de gratitud, de amor, sentimientos que experimenta también cuando ve llegar al puerto compatriotas suyos en cuya compañía ha de hacer el viaje.

He aquí un símil de lo que es para un cristiano la patria terrestre.

Lo que ese buque es para la patria de ese viajero, es la patria terrena para el cristiano que no tiene ciudad permanente en esta vida, sino que se encamina a la ciudad eterna, como nos lo dice San Pablo.

Ese encanto, esa poesía, ese amor con que mira el viajero ese buque, nace de su amor a la patria. Prescindid de la patria que está reflejada en ese buque, y este ya no habla nada al corazón de ese ilustre desterrado.

—
La patria no tiene la misma significación, el mismo valor, para un católico que para quien tuvo la inmensa desgracia—la mayor de las desgracias en esta vida—de perder la fe. Un hombre sin religión no sabe para qué está en esta vida; ignora cuál es su origen y cuál su destino. Este hombre podrá sentir cierto afecto natural al país en que nació y vive, pero será un afecto semejante al que siente al «yath» en que se pasea su tedio de vida un ricacho inglés.

Que viaje en un «yath» o en otro, que se pase por estos o aquellos mares, con rumbo a estas o aquellas playas, poco importa. Ese hombre diría Horacio que es «exul sui», desterrado de sí mismo, que es el más trágico destierro que puede imaginarse.

Pero para los desterrados hijos de Eva que pasamos por esta vida suspirando por otra patria más excelsa, de aquí recibe la patria terrestre su más

alto valor, su más bello esplendor, aquello que le hace objeto de nuestro predilecto amor.

Esta idea la insinuaba el poeta Ruiz Aguilera cuando decía que la patria es

«Allí, donde empieza
la breve jornada
que al hombre en el mundo
los cielos señalan».

Bella y profundamente dijo el más grande de los Doctores de la Iglesia, el inmenso San Agustín: «El amor a la patria eterna hace al cristiano santamente apasionado por este pedazo de tierra, sobre el cual flota como sobre un barco en su peregrinación por el tiempo».

¡Magnífico, sublime! «En todas las cuestiones—decía Balmes— hay un punto de vista principal, dominante: en él se coloca el genio. Allí tiene la clave, desde allí lo domina todo».

En ese punto dominante, en esa cumbre, se coloca el genio de San Agustín para hacer estribar preponderadamente la razón de nuestro amor a la patria en que ésta es camino para aquella «morada sin pesar», que dijo Jorge Manrique.

Salta a la vista que la patria es valorada y amada de muy distinta manera, según se vea en ella, principalmente, un *modus vivendi*, un ENCHUFE, que se diría hoy, una posada mejor o peor abastecida, un afecto asociado a los recuerdos de nuestra infancia, una convivencia con personas de nuestro mismo lenguaje, o un a modo de inmenso barco en el que, como ciudadanos de otra república más alma, como de Balmes y de Donoso dijo Menéndez Pelayo, nos encaminamos, los redimidos de Cristo, «al país natural de nuestras almas». Mirada así la patria, a la luz de nuestra DEFINITIVA PATRIA, se le ama más y mejor, se robustecen poderosamente los vínculos de nuestra confraternidad, se multiplican y se tornan más fáciles los sacrificios más gran-

des de los unos en beneficio de los otros, porque el mútuo amor es más intenso, y aunque estemos aún lejos de nuestra común patria, se siente entre los pasajeros y tripulantes la euforia de la vida—«el consuelo de vida», que pide la Iglesia—porque a sus rostros llegan las caricias de las brisas de aquellas playas por las que suspira nuestro inquieto corazón.

Sin duda tuvo presente este magnífico pensamiento de San Agustín el inmortal Pío X cuando dirigiéndose a una peregrinación francesa en 19 de Abril de 1909 se expresaba así: «La patria es digna, no sólo de amor, sino de predilección, porque su nombre sagrado despierta en nuestra mente los recuerdos más queridos y hace vibrar todas las fibras de vuestra alma. La patria es la tierra común en que habéis encontrado la cuna, es la tierra a la que estáis unidos por los lazos de la sangre y la comunidad más noble de los afectos y de las tradiciones. Pero este amor del suelo natal, este lazo de fraternidad patriótica, que son el patrimonio de cada país, son más fuertes cuando la patria terrestre queda indisolublemente unida a esa otra patria que no conoce diferencia de lenguaje ni barreras de montañas y de mares, que bajo la égida de la Iglesia católica reúne en un abrazo al mundo invisible y al de ultratumba.»

A.

Lea V.

todas las noches

“El Defensor de Córdoba”

La Bandera Nacional

—=—

—Cada vez que lee mi madre en las informaciones de la prensa las reseñas de los actos celebrados con motivo de la restauración de la Bandera nacional, llora de emoción.

—¿Eso le pasa a tu madre nada más?

—Estoy por asegurar que lo mismo le pasa, poco más o menos, a cualquier español que sienta lo que debe sentir ante el símbolo de España—de la verdadera España—y en estos días en que, más que nunca, se enfrenta con sus enemigos.

—Por eso te lo preguntaba. Nada más bello que presenciar este acto, y mucho más a la hora en que el alcalde de la localidad, en nombre del pueblo—que es también el verdadero pueblo—la abraza, al mismo tiempo que expresa el agradecimiento a los combatientes en esta lucha en que se ventila el triunfo de España o la catástrofe de España; en estos días en que, por encima de todos los intereses de partido, se ventilan los sagrados intereses de la Patria.

—Se necesita tener el corazón de piedra para no emocionarse cuando las masas enardecidas—también los auténticos españoles se pueden ver en gran cantidad—vitorean a España en los momentos en que más se ha pretendido, y aun se sigue pretendiendo, ultrajar.

—En los momentos de los desfiles ante las autoridades, entre ovaciones y aclamaciones entusiastas, el corazón del español auténtico no puede menos de ensancharse y abrirse paso ante los cobardes sarcasmos de tantos «sabios» que hace tiempo vienen vejando a los que no nos detenemos en estas escenas tan... «antiguas»; en estas estampas tan... «detestables» por pasadas de moda, según su manera de pensar de los que «razonan»

de muy distinta manera; de los que tienen muy distinto concepto del amor, de la fe, de la caridad, de todas las virtudes ..

—Para ello eso de las virtudes es cosa de risa.

—Es verdad. Para ellos, sí. Para ellos no hay más que vicios. Es la vida. El hombre—dicen—no puede ser nada sin ellos. Todo lo que sea purificar el espíritu, no merece la pena de tratarlo...

—¿Y cómo lo van a tratar?

—Alguna vez hablan ellos de la moral; pero demasiado sabemos de que moral: de una moral también moderna, de una moral sin Dios.

—También hablan de la justicia, de la fraternidad...

—De todo, pero sin Dios. Y de todo menos de Dios. Por eso, cuando hablan de España, como de una España nueva, están tan lejos de favorecerla pintándola alegre, como un paraíso — como Rusia —, pretendiendo eliminar de ella todo lo más suyo en su gloriosa historia.

—Así se explica que sean tan enemigos de estos actos de sincera afirmación patriótica; de estos actos únicos, insustituibles, para arrancar vivas a España de los corazones españoles capaces de agotar su sangre en España y por España.

—Y precisamente porque Dios la bendice, España ha de ser grande, y su grandeza toda se la ha de deber a Dios, el que es Rey inmortal, y ha de hacer de cada uno de sus fieles un héroe.

—¿No recuerdas, español, con que frialdad, con qué falta de entusiasmo se han celebrado estos días atrás esos actos en donde faltaba la idea de Dios

—En donde falte Dios, necesariamente ha de faltar la vida. La vida espiritual, que es la vida de las criaturas que han de amarle sobre todas las cosas.

UN CABALLERO DE
NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

La Influencia Social de la Mujer

—=—

Un sociólogo cuyo testimonio no rechazarán los liberales más avanzados, Samuel Smiles, dice:

«El hogar doméstico es la primera y la más importante escuela del carácter. Allí es donde todo ser humano recibe su mejor educación moral, o la peor; porque allí es donde se penetra de los principios de conducta que le informan y que usa tan solo con su vida.

«Hay un proyecto que dice: Las costumbres son una segunda naturaleza, otro afirma que el espíritu hace al hombre; pero más propiamente podría decirse que el hogar hace al hombre, porque la educación de la familia comprende no solamente las costumbres y las tendencias, sino también el carácter. En el hogar es donde el corazón se abre, los hábitos se forman, la inteligencia se despierta y el carácter se amolda para el bien o para el mal.»

Una buena madre vale por cien maestros de escuela, exclama Jorge Herbert: Cowley compara los preceptos grabados por la madre en el corazón del niño a la letra grabada en la corteza de un tierno árbol, que cuanto más crece el vegetal más crece también la inscripción.

La vida del gran San Agustín, es una demostración de la influencia de la mujer. Su amor triunfó en el alma de su hijo y tuvo la inmensa satisfacción de ofrecer a Dios lo que el mundo le disputaba.

Juan Randolph, el hombre de estado americano, tiene una confesión inapreciable: «Yo hubiera sido ateo, dice, si hubiese podido olvidar una cosa: el tiempo en que mi buena madre tomaba mi pequeña mano entre las suyas, y me hacía decir de rodillas;

Padre nuestro que estás en los Cielos!»

«Es cierto, dice José de Maistre, que las mujeres no han inventado el álgebra, ni los telescopios, ni las máquinas de vapor; pero han hecho cosas más bellas y más grandes que todo eso, porque sobre sus rodillas han educado seres rectos y virtuosos y esas son las mejores producciones del mundo.»

Napoleón afirmaba que para que la Francia fuése grande y virtuosa, sola una cosa se necesitaba: la educación de la familia por medio de la mujer.

«Pero ¿cómo ha de ser la mujer para merecer las palabras que hemos transcrito?»

Pura, delicada, virtuosa, dispuesta siempre al sacrificio, como sólo puede hacerla el catolicismo.

La sociedad educada por mujeres frívolas, juguetes de sus pasiones, esclavas de la deshonestidad del pensamiento, del vestido y de las costumbres, sólo puede ser una sociedad corrompida y hedionda, en las que fermenta el vicio y se incuba el crimen.

Haced a las mujeres dignas hijas de Cristo y habréis salvado a una sociedad que se derrumba, habréis resuelto el pavoroso problema de la época presente. No será la lucha por la existencia la norma de la vida, si no la práctica del precepto cristiano que dice: Amaos los unos a los otros.

Su misión es educar al hombre en el amor a Dios, con fortaleza para cumplir sus deberes, con ternura para sus semejantes, con elevado espíritu para devolver bienes por males y para sembrar a su paso bendiciones y gratitud.

«La primera revolución francesa, dice un ilustre escritor inglés, ofrece un terrible ejemplo de los males sociales que pueden resultar del desprecio de esa influencia regeneradora de la mujer. Cuando tuvo lugar aquella lamentable explosión, estaba la socie-

dad entregada al vicio y al desorden. La moral, la religión, la virtud yacían ahogadas por el sensualismo. El carácter de la mujer se había depravado; la fidelidad conyugal no era respetada, la maternidad no se veía honrada... y la revolución estalló.»

Nuestra decadencia viene con el rebajamiento moral de la mujer con su falta de fe religiosa, que es su fortaleza de su dignificación.

Insigne locura la de querer una sociedad honrada, desviando a la mujer de su verdadero camino; tanto valdría querer apagar nuestra sed con aguas envenenadas.

No es nuestra tal afirmación, es la historia quien la hace, son los hechos quienes lo proclaman y los hechos continúan desarrollándose a nuestra vista y sólo lo desconocen y lo niegan los que se obstinan en cerrar los ojos a la luz.

La mujer de nuestra época, apartada de los principios que rompían las cadenas de su esclavitud, no es lo que debe y al no serlo ella, no lo es la familia que constituye, ni los a quienes debiera educar.

Satanás sabía al seducir a Eva, que labraba la ruina de Adán y la obra empezada en el Paraíso se continúa a través de los siglos produciendo los funestos resultados que deploramos.

¡Dichosa la familia que toma por modelos a los celestiales esposos de Nazaret! ¡Dichosa la sociedad constituida por tales familias!

MENA ROBLES.

Una Patria

Un Estado

Un Caudillo

La palabra de los muertos

—:—

Pues estamos en noviembre, recojámonos un instante para oír lo que nos dicen las tumbas. Por los campos de España, en soberbios panteones o bajo humildes cenotafios, acariciados por el rumoroso lamento de los bosques o por el agudo silbido del cierzo, yacen los muertos de la Patria. También en otras tierras, lejos de este país glorioso hay lugares santificados por restos de caballeros españoles.

Unos y otros, todos, forman en el silencio de sus moradas el ejército innumerable que asegura la contienda de nuestra Historia y de nuestra Tradición.

Para los pobres materialistas sólo hay en los sepulcros un poco de polvo deleznable. Para nosotros, vive en ellos el alma misma de España.

Nosotros decimos que una Patria no está constituida sólo por los hombres que son. Al contrario, la componen, en mucha mayor medida, los hombres que han sido. Todos cuantos vivieron en estos mismos lugares, con unos ideales que crearon a golpe de siglos y a cuenta de esfuerzos, que tuvieron un espíritu común, al que defendieron y amaron, por el que murieron quizá, todos esos forman la Patria. Y allí donde se encuentra la tumba de un español, allí está España, levantando su cálida sombra junto al frío del hipogeo.

Nada se pierde en la vida del espíritu. Este queda libre al despojarse de la envoltura carnal. Y esa suma de ideales, abrazados y reunidos en la muerte durante centurias, se convierte en lastre poderoso que viene a ser la personalidad del país.

Los vivos se equivocan. Viven con frecuencia al día, sometidos a las pe-

queñeces humanas, al influjo del egoísmo, a bastardas miras y a pasiones inconscientes. Con frecuencia huyen de la reflexión y obran por impulsos de la animalidad.

Quienes no se equivocan son los muertos. Aunque han pasado de este mundo dejan flotando aquí su espíritu. Y su experiencia, las obras que nos legan, su recuerdo, sus razones, y su querer, permanecen entre las viejas piedras de la Patria como perenne ejemplo para el futuro.

No se equivocan los muertos. Su consejo, y no el de los vivos, pedía el rey Jaime de Aragón. Mudos testigos del pasado, éste nos habla por medio de ellos desde el silencio de las tumbas.

Oigamos lo que nos dicen en estos días de noviembre, en esta ocasión en que España piensa en ellos y necesita de esos sesudos consiliarios. Y callemos, recogidos sobre las losas sepulcrales, para meditar sobre las voces que los muertos nos dan desde el fondo de los siglos. Son nuestros mayores. Formamos con ellos una dilatada hermandad y somos hijos de la Patria que crearon.

En lo íntimo de nuestro ser sentimos la llamada de los muertos. Y todo el pasado que representan se agita en nosotros como toque de clarín que sea santo y seña del futuro.

Los muertos de España Amando, luchando y muriendo elevaron esta Patria. Sobrevive su espíritu en cien obras de maravilla. Y dirigen desde sus tumbas la marcha de la nación, a despecho de los enemigos que quisieran cubrir de oprobio los sepulcros españoles.

Junto a las tumbas oímos su voz. Su eco, debilitado durante un siglo largo, tiene hoy heroicas resonancias en el cielo y la tierra de España. Y nosotros sentimos, como nunca, la hermandad con nuestros antepasados. Que es sentir la emoción vibrante de

la Tradición española, perpetuada con las cruces de los cementerios y con la sangre de múltiples generaciones.

Nosotros amamos a nuestros padres. Sentimos también amor hacia nuestros abuelos. Al hablar, después, de que amamos a nuestros bisabuelos, hemos de añadir que sentimos hacia ellos alta veneración, quizá porque no les hemos conocido y se nos aparecen rodeados con la aureola de la beatitud. Amamos a nuestros antepasados todos. Y nos sentimos continuadores de su obra. Porque somos de su carne y de su sangre y nuestro espíritu es el mismo espíritu de ellos. Pues sabemos que nuestros antecesores son los que realizaron los altos hechos de España. Que somos hijos de los hombres que derramaron su sangre en Flandes y Lombardía defendiendo la Fé Católica. De los insignes maestros de Salamanca y Alcalá. De los literatos que asombraron al orbe con el brillo de sus plumas. O quizá de los que templaban en el Tajo los aceros que se teñirían de sangre herética o infiel. O de los que en ocupaciones más humildes labraron con su sudor los campos españoles, para deparar bastimentos a las escuadras de la Invencible o a aquellas otras que encerraron en el seno azul de Lepanto a las naves del Sultán. O quizá de los pastores que en las agrestes serranías ibéricas apacentaban los merinos, cuya lana tejida en Medina o Segovia, serviría para labrar los estandartes que fueron guión de los tercios por tierras europeas.

Hijos somos, en suma, de aquella comunidad de hombres que en todas sus clases formó un sólo cuerpo animado por una misma fé, ansioso de un mismo ideal. Y esos hombres son los muertos.

Hasta las tumbas en que reposan llegó el ciclón revolucionario. Se quiso violar la santidad de su descanso. Y quitarles los emblemas por los que dieron la vida.

Y se trató de desbaratar su obra, descristianizando España y rompiendo su unidad política. Y procuraron que las nuevas generaciones aborrecieran su memoria o, cuando menos, la ignoraran. En una palabra: se fué preparando una sublevación de todos los enemigos, de todo lo impuro y antinacional contra la obra maestra de tanto esclarecido espíritu.

Ellos habían muerto. Decían que nada significaban ya. Que era imprescindible rectificar su obra. Quienes pretendían ésto, obedientes a consignas criminales, intentaban el asesinato de España.

Pero es muy grande el peso de los muertos. En sus moradas de paz continúan formando parte la Patria. No se puede cambiar el rumbo de la nación, ni mover una sola de sus piedras sin que se alce la brava protesta de los difuntos.

Viven aún y guardan su obra. Aletea su espíritu a nuestro lado. Y quieren que se les llame a consulta.

Cuando han llegado horas difíciles, se han incorporado en sus sepulcros para que se mantenga la Tradición que perfeccionaron con su esfuerzo.

Y hoy, en torno a este movimiento nacional de reconstrucción y defensa, son nuestros mentores y guías como padres nuestros que son.

Está tenso el espíritu de España. En pie el pueblo y la Historia. En pie el presente y el pasado.

Frente a la bestial acometida rusa, se han alzado también los muertos. Forman parte de la gran hermandad. Y luchan. Y su palabra se oye.

Y también ellos están salvando a España.

Toda la correspondencia al administrador de esta Revista dirijase a la calle Ambrosio de Morales, 6.



Perfecta elaboración de VELAS PARA EL CULTO

según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 4 diciembre 1904.

Fabricadas a base de ceras puras de abejas de Andalucía por la antigua y acreditada

Cerería Pontificia

Andújar (Jaén)

Fundada el año 1840

Marca «**CERA**». Para la Santa Misa y cirio Pascual.—Estas velas contienen un mínimun de 60 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**LITÚRGICA**». Para los demás actos litúrgicos.—Estas velas contienen un mínimun de 30 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**ECONÓMICA**». Para procesiones, funerales, etc., etc.—Estas velas no contienen nada de cera pero tampoco se doblan con el calor.

INCIENSOS LEGÍTIMOS DE ARABIA

A esta Casa, bendecida por la Santa Sede, le han sido concedidas la Cruz «pro Ecclesia et Pontifice» por S. S. León XIII (12 junio 1901) y el título de «Fornitore Pontificio» por los Sumos Pontífices Pío X (5 abril 1907), Benedicto XV (20 junio 1917) y Pío XI (16 mayo 1922).

Clases garantizadas

Envios a todas partes

Obras del Padre Alberto Risco, S. J.

	<u>Pesetas</u>		<u>Pesetas</u>
Paso a Paso (novela)	2	La Escuadra del Almirante Cervera (historia amena)	4'50
Mariela (novela).	5	Amor de madre (poesías)	2
Emigración (novela).	2'50	P. Pascual Cervera y Topete (biografía)	18
Los que triunfan (novela).	5	P. Juan de la Cruz Granero (biografía)	4
Los Rebeldes (novela).	2	P. Francisco de P. Tarín (biografía)	6
Mil hombres (historia amena).	5'50	Historia de la Literatura (compendio)	3
Flores silvestres (novela).	5		
Tristes y alegres (cuentos)	2		
Los dos amores (cuento)	0'75		
Cinco visitas (cuento)	0'50		
Juan de la Tierra (historia amena)	4		

De venta, en la Redacción del periódico «Razón y Fe», Plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.

VELAS LITÚRGICAS

PARA EL CULTO — CALIDADES GARANTIZADAS

MARCAS REGISTRADAS

MAXIMA: Para las DOS VELAS de la Santa Misa y Cirio Pascual.

NOTABILI: Para las demás velas del altar.

Fabricadas según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 Diciembre 1914.

Economía increíble

usando mis velas especiales con el

«CAPITEL GAUNA» PATENTADO

El Capitel Gauna patentado evita el goteo de las velas, aun en las corrientes de aire más intensas.

Hagan un pequeño pedido de prueba al fabricante

Hijo de Quintín Ruiz de Gauna

VITORIA (ÁLAVA)

ENVIOS A ULTRAMAR

❖ FUNDICIÓN DE BRONCE ❖

y objetos de metal



Pedro Osuna Bergillos

C. Arévalo, 3.-Lucena (Córdoba)

ARTÍCULOS DE IGLESIA

Esmerada y artística construcción de todas clases